

Ponencia.

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR LA PROFESORA
ALECIA CASTILLO H. EL 8 DE JULIO DE 2004 CON MOTIVO
DE LOS 30 AÑOS DE LA FUNDACIÓN VINICIO ADAMES.**

Campesino que labras la tierra
Marinero que estás en el mar
Miliciano que vas a la guerra
Con un canto infinito de paz

Himno Universitario UCV

Cantar en un coro es participar de la obra del creador,

.....

Eso fue lo que sintieron aquellos estudiantes de la Universidad Central de Venezuela que formaron parte del Orfeón Universitario y que para transmitir y perpetuar su vivencia, se reunieron el 25 de noviembre de 1974 para integrar la *Fundación Orfeón Universitario*, hoy *Fundación Vinicio Adames*, organización que ha tenido la deferencia de invitarme para compartir ideas y recuerdos, en la celebración de sus treinta años. Gracias amigos por ese honor.

Esos estudiantes, orfeonistas de ayer, profesionales de hoy y sembradores del mañana, siguiendo las pautas de su himno, cual auténticos milicianos se dirigieron con su canto de paz a la guerra contra la ignorancia y el egoísmo

Fomentar el canto coral es procurar las estrategias para luchar en batalla, que abre el hermoso camino de un mundo mejor.

Cantar es la actividad más cercana a la naturaleza, nos acerca al viento que canta en la montaña, en las olas del mar, entre el pasto de la sabana o en la arena de los médanos. Nos hermana con pájaros de las praderas, las ballenas del fondo del mar, los lobos del desierto.

Voz a voz, se va formando una familia unida en ideales.

Cantar en grupo, unir voces en armonía, los convirtió en hermanos, que son capaces de reconocerse en cualquier parte del mundo, como “los loros de Pizzani” con un simple silbido.

Esa es la huella del Orfeón Universitario. Voces juveniles que se unieron en un canto de paz, voces eternas que nunca han callado, han pasado su mensaje de amor a otras generaciones, multiplicándose a lo largo del territorio nacional.

La semilla del canto coral, sembrada en 1930 con el Orfeón Lamas, por Vicente Emilio Sojo germinó en el Orfeón Universitario con Antonio Estévez, y se multiplicó con Vinicio Adames, Raúl Delgado Estévez y Cesar Alejandro Carrillo. El mundo de azules boínas coronadas por el birrete profesional se encargó de perpetuar su mensaje de música y paz. A cada rincón del país donde llegó un ucevista, miembro del Orfeón Universitario llegó también el canto coral. Venezuela se sembró de coros. Algunos, continuaron directamente la obra como Juancito Martínez en Carora, Federico Nuñez en Valencia, Aída Jattar en Paraguaná, otros como Manuel Prado en Puerto Cabello e Ildemaro Alguíndigue en Coro, promovieron la creación de nuevos orfeones y patrocinaron conciertos corales en un afán de difundir el canto y el amor que los unió en las aulas universitarias. Ex orfeonistas que han llegado a ser directores de empresas han creado en ellas, grupos corales y los más, ha sido apoyo decisivo en la difusión del canto unido en coro.

Por esta razón y no ha sido casual, un grupo de estos profesionales egresados de la Universidad Central de Venezuela, se mantuvieran en el deseo multiplicar la labor de su Orfeón y para conservar viva la llama del entusiasmo, se convirtieran en "*Orfeonistas de Siempre*", coro que los reúne y mantiene el color y el sonido del grupo que dirigió Vinicio Adames.

Por esta fundamental hermandad, se crea la Fundación Orfeón Universitario cuya primera Junta Directiva estuvo integrada por Luis Segundo Jordán, Pedro Luis Ponce Ducharne, Yolanda Adames, Edilia Vázquez, Armando Córdoba, Otilia Ostos, Antonio Padrón junto a Juan Enrique Gómez García, Francisco José Pinto Salinas y Aníbal Martínez. Ellos, aquí o allá, presentes en el alma universal, se han de sentir complacidos, gratificados y bendecidos, porque abrieron el camino por donde han transitado nuevas generaciones y donde continuarán otros, que como ellos sabrán soñar, luchar y cosechar. Quienes los han sucedido en esta tarea, han mantenido vivo el ideal, han conservado y perpetuado su memoria.

El tiempo les ha confirmado que ustedes tenían razón cuando integraron esta Fundación. Venezuela tiene que agradecer a todos los que fundaron y han mantenido esta institución.

Crear, mantener y fomentar la fundación Orfeón Universitario es la

Ponencia.

representación del más puro agradecimiento activo. Mantenerla día a día es una forma de gratitud gentil, fluida y profunda hacia su Alma Mater, la Casa que vence las Sombras, que les brindó las herramientas para construir un futuro mejor.

En treinta años de trabajo, ningún esfuerzo se ha perdido. Han surgido nuevos coros, se han realizado gran cantidad de cursos y talleres y realizado festivales corales.

Este esfuerzo, por el contrario, se ha multiplicado, y cual pequeñísima semilla de mostaza, de la que habla el Evangelio, cayó en buena tierra y ha germinado y se ha transformado en fuerte y frondoso árbol de buenos frutos, con amplias raíces y enorme follaje donde se cobijan, cual aves felices, los coros infantiles de Venezuela, y donde surge la nueva semilla que multiplicará nuevos frutos.

Contaba apenas con 2 años la Fundación Orfeón Universitario, cuando sucede la tragedia de La Azores. En otra parte del mundo, la pérdida de tantos valores humanos, podía haber acabado con el movimiento coral. Cada uno de los coralistas fallecidos era un promotor de la actividad, allí partieron muchos directores. Pero Venezuela, se sacudió en su fibra más sensible, el mensaje del Orfeón trascendió y el movimiento coral, se apoyó en su memoria y resurgió con mayor vigor. En cada rincón del país fueron floreciendo coros.

Porque cuando Vinicio Adames dirigía, semejava los campesinos portugueses que describe Camoens, que “no labran la tierra sino que la acarician”. Así con esa caricia agreste del sembrador que riega la semilla, Vinicio recogía la armonía apasionada hacia su pecho y la esparcía en labranzas teñidas de terrón, que abriga la simiente del pan y la paz para los hombres.

En un acto de justicia, en 1992 pasó a llamarse Fundación Vinicio Adames. El antiguo nombre volvía a su casa matriz y con el nuevo, se honraba a quien aceptó la responsabilidad de transmitir con la música una fórmula de elevación del ser humano.

Dar inicio a un concierto del Orfeón Universitario dirigido por Vinicio Adames era como recorrer una gigantesca cortina sobre el paisaje de libertad de toda la Venezuela musical, desde la tierra de gracia que deslumbrara a Cristóbal Colón en nuestro oriente, hasta las decapitadas torres de Castillete, y desde la diadema de islas que adornan el pectoral del mar Caribe hasta la más umbría roca de la selva del sur.

“Cuando Vinicio Adames cerraba sus ojos, estuche de dos esmeraldas, (dice nuestra amiga Aída Jattar de Prado) para luego levantar sus brazos en cruz, sobre aquel sonoro cosmos de palmeras coronadas de boinas azules, un mundo de canciones abría sus páginas y las regaba en las arenas de un inquieto, loco y expectante auditorio que se volvía huracán de aplausos, torbellino de voces. Era un bosque de manos elevadas al cielo en bendiciones traviesas.”

Vinicio era la permanente interrogante que solo tenía respuesta acertada en las praderas formadas de verdes frutales para que los primeros cantores del mundo, los pájaros, pudieran entonar con sus trinos y bellos sonidos, los más celestiales himnos cuando él apuntaba la entrada. Y así se percibe, cuando el Orfeón Universitario en su galaxia musical, estalla en la polifonía divina y humana

La Fundación Vinicio Adames realiza muchas actividades: formación de nuevos coros, cursos, talleres, encuentros nacionales e internacionales que merecen ser reseñadas y descritas en una historia documentada. Voy a referirme a aquella con la cual me siento más unida y a la que califico como la actividad más significativa: el Encuentro de Coros Infantiles y Juveniles René Rojas, que en sí constituye el mejor ejemplo de constancia y dedicación.

El primero de estos encuentros se realiza en 1974 a menos de un mes de creada la fundación. Hoy con 30 años de realización se ha distinguido con el nombre de René Rojas, para homenajear a ese gran hombre que tanto trabajó por la música coral.

Y califico esta actividad como la más significativa, porque tiene como misión involucrar a los niños en el arte musical a través del canto coral.

Cantar en grupo, voz a voz, es la mejor lección de civismo que podemos dar a nuestros niños. El coro es una practica de convivencia donde cada uno de sus miembros tiene un papel importante que cumplir.

Cantar en un coro es para un niño una experiencia que ha de recordar toda su vida. El trabajo constante, el repetir, una pieza durante horas y más horas de ensayo para lograr un buen sonido, una afinación adecuada, es un entrenamiento para la vida, así el niño llega a comprender que si se trabaja en grupo, con constancia y amor se logra un bien común que se persigue.

Ponencia.

No importan las largas horas de ensayo, la monotonía de la repetición, porque ellos están aprendiendo el valor del esfuerzo creador, de la búsqueda de un alto ideal.

Cada niño tiene su propia responsabilidad en cada canción, debe mantener su voz y no invadir la del compañero. Cada ensayo de un montaje coral es una experiencia docente, es contribuir a un mejor futuro. Desde que se ingresa a un coro, comienza su aprendizaje en el trabajo de equipo, su entrenamiento como persona responsable. El coro es escuela de responsabilidad.

¿No es esa una lección práctica de convivencia?

Participar en este festival es para los coros infantiles la mejor oportunidad de mostrar el fruto de su trabajo, que con tanta dificultad se realiza en el interior del país.

Festival y no competencia, que hace que todos sean ganadores. No hay lucha por primeros lugares, no hay celos ni ambiciones. Vamos a estrechar manos de niños de todas las regiones.

Aquel primer festival de diciembre, en Hoyo de la Puerta marcó el inicio de una estrecha amistad con el coro que represento: la Coral Infantil de Valencia. Cada festival conduce a estrechar vínculos fraternales entre niños cantores de Caracas y el resto de Venezuela. Permite observar el trabajo de colegas de otras regiones, compartir con ellos nuestras angustias, inquietudes y pesares. Es sentirnos unidos y comprometidos en la búsqueda de un ideal. Nos hace sentir partícipes y artífices de un futuro promisor para Venezuela. Este festival, también permite acercar al niño a sus raíces, porque es también una muestra de nuestra musical raigal. Nos atrevemos a afirmar que no existe coro venezolano que no mantenga su repertorio con un alto porcentaje de nuestro folklore y nuestra música popular.

Por demás está agregar que cumplir los objetivos del festival es un trabajo pleno de paciencia y constancia, virtudes que la Fundación ha practicado intensamente.

Venciendo obstáculos diariamente, se mantiene en la lucha perenne contra la indiferencia. El festival no decae, se vigoriza día a día. Se trabaja con paciencia y constancia.

Algunas veces, ha recibido valiosas ayudas, pero los aportes generosos y merecidos, y eso lo sabemos todos los coralistas del país, siempre han estado muy por debajo de lo requerido para desarrollar el potencial de metas que queremos y podemos cumplir. Se ha trabajado con escasos recursos por lo que se necesitó mucho tesón, y mucho amor para no desmayar y no dejar

de realizar este festival, que año tras año nos reúne para compartir experiencias, para llenarnos de melodías y hacernos sentir la esperanza de un futuro, organizado y próspero.

Esta constancia ha logrado una evolución en el movimiento coral infantil venezolano. Talleres, cursos y encuentros nos dicen a los músicos: Nunca puedes quedarte con lo que sabes hoy, porque mañana estarías atrasado.

Constancia y Paciencia, han sido las virtudes que permanentemente practican estas personas que en 30 años siempre han permanecido en la Fundación, entre ellas dos pilares fundamentales: Edilia Vázquez de González y Yolanda Adames de Piñango. Nunca se han separado de la Fundación. Son como fieles guardianas del mensaje de paz sembrado por el Orfeón Universitario. Ellas han dado a esta institución mucho más que el esfuerzo creador: el tesoro más precioso, sus hijas. María Mercedes, Floralba, Mariana, Alejandra son parte importante en este proceso. Igualmente lo han sido, Lorenzo Figallo y su hijo Sergio, Lida Machado con Carolina Prieto, Cristina García de Sánchez con Patricia, Carolina, Armando. Todos, con sus hijos y nietos coralistas. Los nombres de Aura de Delgado, Mary de George, Pedro Emilio Vivas son algunos de los representantes de grupos familiares unidos a este movimiento.

Ya está activa una tercera generación formando parte del este esfuerzo. Y quienes he nombrado, son sólo ejemplos conocidos por amistad, pero sé que son muchos más los grupos familiares vinculados a la Fundación porque esta semilla se han multiplicado no sólo en Caracas sino en muchos rincones de Venezuela con nuevas generaciones.

Honar, honra dice el antiguo adagio y en ese sentido la Fundación Vinicio Adames no ha escatimado esfuerzos. Cada año se escoge un personaje o una institución para hacer un reconocimiento a la labor cumplida:

El Coro Infantil Venezuela con casi medio siglo de actividad, las Escuelas de Fe y Alegría, el Conservatorio Juan José Landaeta, el sistema Nacional de Orquestas Infantiles y Juveniles, así como a la querida Profesora Flor Roffe de Estévez, a quien debemos el inicio de la nueva pedagogía musical y cuyo nombre lleva el coro semillero de orfeonistas.

El Maestro Emil Friedman, el Profesor José Antonio Calcaño, la incansable directora de niños Ada Elena de Sauce, Rene Rojas, cuyo nombre honra estos festivales. En la forma más sublime, que representa reunir las voces de niños en una muestra de su trabajo constante y organizado se han realizado estos festivales.

Ponencia.

Aquí pido permiso para destacar una de estas personas homenajeadas: la maestra de maestros, nuestra querida y admirada compositora Modesta Bor, cuya principal ocupación durante toda su vida fue brindar a su país el tesoro inmenso del canto raigal, en la forma de canciones polifónicas para niños, de crear y dirigir corales, y llevar a Venezuela a una posición de vanguardia en la música del siglo XX.

Hago esta especialidad, sin desmérito de otros homenajeados, por los lazos fraternales que me unieron a ella y me hicieron depositaria de una confianza que se convirtió en una directriz en mi vida: en una noche de estudio y hermandad en Mérida, me confió dolores y sacrificios en su vida musical y que con todo lo que llego a padecer, siempre se sintió muy recompensada con los honores que recibía a diario por parte de sus alumnos y para ella, el mas alto de todos, había sido el canto de miles de niños reunidos en cada Festival de la Fundación Vinicio Adames.

Identificada con este pensamiento me lo apropié y lo llegué a repetir en 1995 cuando esta Fundación me designó homenajeadada. Esa vez, igual que hoy me sentí llena de esperanzas.

Lo que vamos a presenciar en estos días de tan polifónico amor, nos da la seguridad de que estos niños que unen sus voces en un canto común, simplemente se están entrenando como mejores ciudadanos del mañana, serán ellos las personas sensibles, llenas de felicidad y amor que van a dirigir el futuro.

Quien de niño conoce el trabajo coral, será un sembrador de paz en su madurez, incapaz de sembrar odios, porque en su vida hoy, se está llenando de amor, y armonía, formándose en principios de solidaridad, trabajo de equipo, y organización, que el canto coral hoy les ofrece.

Gracias por existir, Fundación Vinicio Adames, Gracias por continuar, a pesar de las diarias contingencias, por no desmayar en esta pacífica batalla por la paz. Pido a Dios que al cumplir los próximos treinta años quienes estén al frente de esta Fundación puedan decir:

“Hace muchos años, contamos con maravilloso país dirigido por seres capaces, honestos y sensibles, que son cosecha de nuestra siembra. Amiga Alecia, tenías razón.”